

EJE 4. *C/S*

**INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES**

Esperando la carroza o ciencia bajo custodia *

Noemí Girbal **

Todos los campos del conocimiento científico aspiran a llegar con sus resultados a la sociedad, porque el conocimiento se produce para beneficiarla. Pero, cuando se habla de humanidades y ciencias sociales, no son pocos quienes pretenden que esas áreas, donde el conocimiento producido tiene como objeto de estudio al hombre y su medio, no son ciencias en sentido estricto; prefieren ingresarlas al campo de “la cultura” -como si la ciencia no formara parte de lo cultural- y, si es posible, que dependan administrativamente de algún rango institucional apartado de la ciencia, la tecnología y la innovación. ¿No es paradójico? Algunas áreas de la ciencia -aquellas que se asocian estrechamente a los problemas sociales- parecen poder desarrollarse sólo bajo custodia, casi como en una situación de permanente minoridad; o de lo contrario esperar el reconocimiento de su estatuto científico por parte del resto del sistema científico-tecnológico.

91

Hace casi cuatro décadas que soy científica (historiadora) del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la Argentina. Ahora que los límites interdisciplinarios son permeables y la trasgresión de las fronteras entre ciencias exactas y naturales y las llamadas “ciencias blandas” parece tener más

* El artículo fue publicado originalmente el 2 de julio de 2010. Una versión actualizada se encuentra publicada actualmente en nuestro sitio web. Esperamos su comentario en: <http://www.revistacts.net/elforo/317-el-debate-esperando-la-carroza-o-ciencia-bajo-custodia>.

** Universidad Nacional de Quilmes, Argentina. Correo electrónico: noemigirbal@gmail.com.

ventajas que inconvenientes, me pregunto por qué cuesta tanto cambiar las pautas culturales para con estas áreas del conocimiento. No deposito la culpabilidad en “los otros”; seguramente también “nosotros” debemos difundir más asiduamente el conocimiento que generamos y sus aplicaciones. A esta pregunta podría sumar una reflexión: el fuerte arraigo de las mujeres dedicadas a estos campos de la ciencia y a quienes poco se las asocia con la figura paradigmática de un científico; como si estuvieran genéticamente inhabilitadas por su condición de género y la especialidad que han elegido para llevar a cabo sus investigaciones.

Desde luego que si se contabilizan en términos globales los investigadores científicos por género, en mi país -por lo menos- la paridad es la resultante. Una equidad que se desvanece cuando el análisis incluye ascensos de rango en la carrera científica, en la dirección de equipos de investigación reconocidos, en la administración de subsidios con montos sustantivos y hasta en los premios que se otorgan a la trayectoria. Un reconocimiento al que tienen derecho, pero no por ser mujeres, sino por ser científicas tan laboriosas e inteligentes como sus pares varones. Tampoco me resulta comprensible por qué existe un Premio exclusivo para la Mujer en la Ciencia, y mucho menos cuando al concepto de ciencia sólo se lo hace corresponder con las llamadas “ciencias duras”. En definitiva, creo que hay buena o mala ciencia, independientemente del género y las disciplinas. ¿Me equivoco?

¿Hacia dónde se dirige la reflexión de quien -como es mi caso- hace muchos años que se dedica a la producción de conocimiento desde el sistema científico tecnológico y la universidad pública, que siempre es financiado por la sociedad argentina en su conjunto, y que es quien tiene derecho a saber para qué y a quién financia?

92

Pretendo decir, esencialmente, que en un mundo con altos márgenes de pobreza, analfabetismo, desnutrición, indigencia, concentración del ingreso, cuestionamiento institucional, crisis financiera, dislocamiento de las identidades nacionales, violencia, desempleo creciente, desinterés por la preservación del medio ambiente, individualismo, ¿cómo no pensar que la sociología, la geografía, la antropología, la economía, la historia, la arqueología, las letras, la educación, la psicología, la filosofía, el derecho, la ciencia política y las relaciones internacionales tienen mucho que aportar a la comprensión y solución de los problemas sociales? ¿Es posible dudar de su carácter prioritario como insumos para las políticas públicas?

No tengo dudas de que desde esta gran área de la ciencia se producen conocimientos capaces de nutrir a la gestión pública y a la acción privada genuina, tanto como lo hacen las ciencias exactas y naturales, de la salud y la tecnología. ¿En qué consiste y para quién es la innovación productiva si no llega a la sociedad toda? La sociedad merece acceder al producto de quienes, silenciosa pero tesoneramente, buscamos -a través del conocimiento generado- revalorizar una auténtica “sociedad de la información”, hacer un diagnóstico de situación para posibilitar la inclusión y la equidad social, para lograr una mejor calidad de vida que alcance a TODOS; más allá de los campos disciplinares y de las cuestiones de género, que parecen asociarse e imbricarse, a la hora de inducir a las ciencias sociales a ocupar la trastienda científica.

Finalmente, me gusta recordar que Albert Einstein sostenía que la ciencia “es una creación del espíritu humano con sus ideas y conceptos libremente inventados”. Con una única justificación, “la de nuestras estructuras mentales”. Entonces pregunto: ¿el área del conocimiento como el género del actor -los dos asuntos a los que alude este escrito- importan a la hora de establecer prioridades y asignar recursos? ¿O una vez más pondremos el esfuerzo fuera de los problemas reales de la sociedad de la que formamos parte y que espera respuestas plurales para un mundo complejo y desigual, más allá de los avances tecnológicos, que también pueden convertirse en fronteras rígidas de exclusión para quienes no pueden recibir sus benéficos efectos?

Las vías de la heteronomía en las ciencias sociales *

Sergio Lorenzo Sandoval Aragón **

En ciencias sociales, como en cualquier ciencia, la dilucidación epistemológica de sus conceptos es una tarea ineludible y permanente. Pero esta dilucidación no puede ser sólo filosófica, sino que necesariamente implica preguntar por las condiciones objetivas, sociales e institucionales de su formación. El cultivo de las ciencias sociales en América Latina, a diferencia sobre todo de Europa, siempre se ha justificado por su contribución a un esfuerzo por comprender y solucionar sus diversas problemáticas sociales. Sin embargo, los científicos sociales latinoamericanos se han cuestionado, con toda legitimidad, si los recursos teóricos y metodológicos provenientes de las regiones predominantes de producción de las ciencias sociales en realidad son adecuados para comprender sus propias problemáticas, pues han surgido en situaciones históricas y sociales distintas. Así, se ha llegado a proponer la “descolonización” de las ciencias sociales latinoamericanas, que no significa rechazar sin más las tradiciones científicas europeas, sino asimilar sus aportes universales al mismo tiempo que se elabora una comprensión de América Latina y sus problemáticas. Antes que cuestionar las teorías, es necesario cuestionar los

95

* El artículo fue publicado originalmente el 30 de julio de 2014. Una versión actualizada se encuentra publicada actualmente en nuestro sitio web. Esperamos su comentario en: <http://www.revistacts.net/elforo/608-las-vias-de-la-heteronomia-en-las-ciencias-sociales>.

** Profesor investigador y director del Centro de Estudios Sociales y Regionales (CESOR) del Centro Universitario de la Ciénega, Universidad de Guadalajara, México. Correo electrónico: dr_sergiosandoval@yahoo.com.mx.

problemas que se plantean y comprobar si son resultado de una construcción propia o si han sido impuestos de manera heterónoma, así como identificar las vías por las que pueden haber sido impuestos, sobre todo las vías cultural, política y económica.

La vía cultural. En una reciente contribución, Yves Gingras y Sebastien Mosbah-Natanson (2011) realizan un análisis geo-estadístico de la producción de las ciencias sociales en las pasadas dos décadas. Entre otros datos, los autores encontraron que entre 1998 y 2007 el idioma inglés ocupaba el primer lugar en publicaciones de ciencias sociales en el mundo con el 94.45% de artículos en el Thompson SCI, seguido por el alemán con el 2.14% y el francés con el 1.25%, mientras que el idioma español ocupaba el cuarto lugar con un 0.40%. La distribución en cuanto al número de artículos producidos en ese mismo periodo es similar, pues Europa y América del Norte producen tres cuartas partes de las revistas en ciencias sociales y América Latina ocupa el quinto lugar (tras Oceanía). En cuanto al análisis de las citas por región, nuevamente Europa y Norteamérica ocupan lugares prominentes entre las 200 revistas más citadas y se observa que en América Latina se citan textos de Norteamérica en un 56.2% y de Europa en un 33.9%. Al comparar los datos de la última década del siglo XX con los de la primera del XXI, Gingras y Mosbah-Natanson concluyen que “la globalización e internacionalización de la investigación han favorecido esencialmente a Europa y América del Norte, las regiones que ya eran dominantes” y añaden que “la autonomía de las otras regiones ha disminuido y su dependencia de los actores centrales ha aumentado en las dos últimas décadas” (Gingras y Mosbah-Natanson, 2011: 155). Se verifica así, en el campo científico internacional, la conocida ley general formulada por Karl Marx, según la cual el capital va al capital, teoría que otros identifican con el llamado “principio Mateo”.

96

La vía política. El mero hecho de que la mayoría de la producción científica esté expresada en inglés no constituye el problema más grave, sino todos los efectos de imposición simbólica de tipo mediático-político que pueden acompañar esta predominancia idiomática, y que pueden hacer pasar por conocimientos validados por la razón científica una serie de tópicos descontextualizados e incluso vacuos. Esto es un aspecto, no menor, de lo que Bourdieu y Wacquant llamaron “las astucias de la razón imperialista”. Afirman: “Hoy, muchos tópicos directamente surgidos de confrontaciones intelectuales ligados a la particularidad social de la sociedad y las universidades americanas son impuestas, bajo formas en apariencia deshistorizadas, al conjunto del planeta” (Bourdieu y Wacquant, 2005b: 209). Según estos autores existe un “imperialismo cultural” (correlativo del imperialismo económico) que incluye una forma de falsa universalización de conceptos y teorías que circulan entre los países en libros de divulgación, coloquios universitarios, revistas de mediocre calidad científica, informes de especialistas, think-tanks y organismos internacionales de dudosa neutralidad (mencionan explícitamente a la OCDE y a la Comisión Europea). Son ideas y términos polisémicos e imprecisos, impuestos académica y mediáticamente, que se convierten en “lugares comunes” con los que se argumenta pero que no son objeto de argumentación, de los cuales los más insidiosos son ciertos términos de apariencia técnica que llegan a servir de “contraseñas políticas” en virtud de que “condensan y vehiculizan toda una filosofía del individuo y de la organización social” (Bourdieu y Wacquant, 2005b: 211). De esa forma, al des-

historizar y des-politizar, se imponen problemáticas artificiales que acaban por “anexionar” cultural y políticamente las regiones donde se aplican. Si estas ideas son recibidas por los medios científicos, periodísticos y políticos en los países de América Latina, ello se debe a que funcionan de manera análoga a los “falsos amigos” (faux amis) estudiados por la lingüística aplicada: esos términos extranjeros que a veces utilizamos porque, debido a que se escriben o se pronuncian igual o de manera muy similar a términos que usamos en nuestra propia lengua, parecen querer decir lo mismo, cuando en realidad poseen significados muy diferentes (Bourdieu y Wacquant, 2005b: 224).

La vía económica. Pero si estas ideas pueden ser impuestas, ello no se debe a la sola fuerza simbólica de las que están revestidas, al presentarse como la vanguardia y gracias a la inmensa capacidad de difusión que las rodea y que en buena medida las crea, sino que también se debe a la fuerza económica de las naciones de las que provienen. Así pues, esta imposición no es sólo “cultural”, sino que suele venir acompañada de mecanismos “duros” tales como los del financiamiento: se tiende a financiar la investigación que incorpore las teorías y problemáticas sancionadas como legítimas. En América Latina, afirma Alberto C. Cimadamore, “las fuentes de financiamiento están en la mayoría de los casos en manos de agencias internacionales de cooperación y de gobiernos, que tienden a ser reticentes a apoyar la investigación social crítica. ¿A quién le gustaría ser abiertamente criticado por aquellos a los que se apoya, por su desempeño en asuntos sociales de los que es ampliamente responsable?” (Cimadamore, 2011: 41).

Hacia una mayor autonomía de las ciencias sociales. Si bien en América Latina se han dado las condiciones para el desarrollo profesional de las ciencias sociales, en el mismo proceso su autonomía se ha visto vulnerada. En otras palabras, el campo científico latinoamericano ha estado expuesto a una fuerte heteronomía (Rubinich, 2006: 13-14). Todavía en 2006, en Buenos Aires, se realizó el Foro Internacional sobre el Nexo entre Políticas y Ciencias Sociales, bajo la premisa de que en la medida en que se logre “el nexo entre las ciencias sociales y la acción” puede ser considerado “un objetivo central de la evaluación del desarrollo de capacidades en las ciencias sociales latinoamericanas. La pregunta, todavía en curso, es: ¿cómo puede lograrse ese objetivo?” (Cimadamore, 2010: 110-111).

Robert Castel, por su parte, al cuestionarse sobre cuál debe ser la postura del científico social ante las “demandas sociales”, está convencido de que una pregunta como ésta, en todo caso, no es susceptible de una respuesta unívoca y, en su opinión, las ciencias sociales no pueden ni deben ser ajenas a las demandas sociales, siempre que éstas sean llevadas más allá de su formulación inmediata expresada por los grupos dominantes y que, en esa medida, traduzcan objetivamente las “configuraciones problemáticas” propias de cada sociedad (por ejemplo: la precariedad laboral, las diferentes formas de discriminación y en general el abuso del poder), y que en última instancia justifican toda investigación (Castel, 2006).

Bibliografía

BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. (2005a): *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, Buenos Aires.

BOURDIEU, P. y WACQUANT, L. (2005b): “Sobre las astucias de la razón imperialista”, en L. Wacquant (coord.): *El misterio del ministerio*, Gedisa, Barcelona, pp. 209-230.

CASTEL, R. (2006): “La sociología y la respuesta a la demanda social”, en L. Lahire: *Para qué sirve la sociología*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp. 89-99.

CIMADAMORE, A. A. (2011a): “Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)”, *Reporte Mundial de las Ciencias Sociales en el mundo: Las brechas del conocimiento*, UNESCO y Foro Consultivo Científico y Tecnológico, pp. 42-44.

CIMADAMORE, A. A. (2011b): “La creación de capacidades en las ciencias sociales en América Latina”, *Reporte Mundial de las Ciencias Sociales en el mundo: Las brechas del conocimiento*, UNESCO y Foro Consultivo Científico y Tecnológico, pp. 110-111.

GINGRAS, Y. y MOSBAH-NATANSON, S. (2011): “¿Dónde se producen las ciencias sociales?”, *Reporte Mundial de las Ciencias Sociales en el mundo: Las brechas del conocimiento*, UNESCO y Foro Consultivo Científico y Tecnológico, pp. 153-158.

RUBINICH, L. (2006): “Tres notas sobre el para qué”, en L. Lahire: *Para qué sirve la sociología*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp. 9-21.

¿Para qué sirve la filosofía de la ciencia? *

Jordi Vallverdú **

Como filósofo de la ciencia (y de la subespecialidad dedicada a las teorías de la computación), me he preguntado con suma frecuencia y reiteración cuál es el sentido de la existencia de esta disciplina. Con ello no quiero ser polemizador, puesto que es una pregunta sincera y que me he dirigido durante años a mí mismo. Por ello, mis reflexiones no van en contra de ningún miembro de este colectivo, que abarca escuelas diferentes (estructuralismo, CTS, estudios de género).

99

Expongo los motivos de mi desazón:

Impacto teórico. El ímpetu epistemológico que caracteriza a la actividad de los filósofos de la ciencia tiene un impacto cercano a cero en la comunidad científica. Los propios implicados, objeto de nuestros sesudos estudios, no muestran interés alguno en nuestras investigaciones. Por lo tanto, no existe un debate real constructivo, tan sólo especulaciones entre observadores externos de lo científico, sin conseguir mejorar con tal actividad la mera teoría científica (protocolos, modelos estadísticos, diseño conceptual).

* El artículo fue publicado originalmente el 13 de diciembre de 2010. Una versión actualizada se encuentra publicada actualmente en nuestro sitio web. Esperamos su comentario en: <http://www.revistacts.net/elforo/377-el-debate-ipara-que-sirve-la-filosofia-de-la-ciencia>.

** Universitat Autònoma de Barcelona, España. Correo electrónico: jordi.vallverdu@uab.cat.

Renovación práctica. Este punto es una consecuencia lógica del punto anterior. Pecaré de ingenuo al decir que con mi trabajo de tesis doctoral estaba convencido de la capacidad de los resultados teóricos para mejorar los protocolos empíricos relativos a mi objeto de estudio. Cabe decir que ninguna empresa, ningún laboratorio ni ninguna agencia gubernamental (de ámbito nacional o local) estuvo interesada, a pesar de mis continuados intentos, en implementar las obviedades epistemológicas que mi modelo aportaba. Bueno, me consolé viendo que a nadie le ha sucedido esto, exceptuando en los casos que se trate algo ético. La ética es como el santo grial del filósofo socializado: resulta ser el único reducto donde parece necesitarse al filósofo que analiza la ciencia. Allí es donde se le permite ocupar puestos en comités asesores, comisiones evaluadoras o cargos menores de gestión. Pero no en la propia práctica de la ciencia tras haber ahondado en su mejora epistemológica.

Capacidad comunicativa. En tercer y último lugar, me planteo la capacidad de la comunidad de filósofos de la ciencia por comunicar al resto de sociedad sus propias ideas. Arrastrados por la brutal inercia del sistema curricular, nuestra comunidad genera cantidades abrumadoras de textos técnicos indescifrables para el resto de los mortales, publicados en revistas de compleja consulta o libros con tiradas limitadas. La filosofía se cierra sobre sí misma, sin posibilidad de interactuar efectivamente con la miríada de agentes implicada en la generación de conocimiento.

Por todo lo expuesto, mi sensación constante es la de habitar un gueto académico privado, sufragado inauditamente con fondos públicos. Y ello no tiene nada que ver con la necesidad de la “investigación pura”, que por supuesto es necesaria. Éste no es el caso de la filosofía de la ciencia y de sus practicantes: yo siempre he aspirado a conocer, no a actuar de antropólogo, etólogo o notario de lo científico. A crear conocimiento, no a ser su observador.

Finalizo lanzando a los lectores de este espacio la cuestión que me corroe desde que inicié mis andaduras y escarceos intelectuales en esta disciplina. Esto es: ¿para qué sirve la filosofía de la ciencia? Pero antes de responder, sean sinceros consigo mismos y tómense un tiempo. Porque, por desgracia, lo tenemos.